

LOS "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE": CABAL OPERACIÓN HUMANISTA

por ALFREDO MATUS OLIVIER

La Universidad está en crisis. Decir que la Universidad está en crisis, en verdad, es decir bien poco. Es caer en el lugar común, esto es, en la insignificancia. Puesto que la Universidad es crisis, como lo son el hombre, su cultura, su lenguaje. En la medida en que el hombre tiene que decidir en cada instante lo que ha de realizar en el siguiente, Universidad y lenguaje constituyen la manifestación más fiel de ese perenne imperativo de constituirse a sí mismos, de inventarse. La Universidad, como el lenguaje —sensibles manifestaciones del espíritu—, no están hechos para siempre; ellos se están rehaciendo permanentemente por medio de la actividad de sus actores. Son más proyecto que dato; o, más bien, dato que preserva su índole e integridad dentro del imprescindible cambio de la historia. De allí su condición problemática.

En medio del barullo y del atolondramiento contemporáneos, los universitarios hemos tendido a perder, cada día más, la condición de reflexivos. Por *reflexivo* entiendo, en sentido etimológico, *reflexivo*, la capacidad de "doblar-se o volverse uno sobre sí mismo", "meditar sobre uno mismo". O, con voz bien castiza, de "ensimismarse". Como ha escrito Ortega y Gasset: "Casi todo el mundo está alterado y en la alteración el hombre pierde su atributo más esencial: la posibilidad de meditar, recogerse dentro de sí mismo para ponerse consigo mismo de acuerdo y precisarse qué es lo que cree y qué es lo que no cree; lo que de verdad estima y lo que de verdad detesta".

En acto de ensimismamiento nos sorprende hoy la aparición de la VI serie de los "Anales de la Universidad de Chile": cabal operación humanista, en que, por medio de este casi sesquicentenario órgano corporativo, la Universidad se vuelve sobre sí misma. Si contamos desde la aparición del primer tomo (1846), 149 años alcanza ya esta columna por donde ha circulado el tuétano más genuino de nuestra casa de estudios, a cuya vertebración histórica ha contribuido poderosamente.

Asomarnos a esta historia pretenden, justamente, los tres trabajos que constituyen la "Presentación" de este Nº 1 de la Sexta Serie a saber: "Los 'Anales de la Universidad de Chile', su numeración y sus series", por Jorge Sanhueza; "Consideraciones en torno a los 'Anales de la Universidad de Chile', 1842-1879", por Antonia Rebolledo; además del exordio editorial sobre "Los 'Anales de la Universidad de Chile' en la historia".

A invitarlos a leer con atención estos artículos, se dirigen estas breves palabras que, para no pecar de tautológicas, sólo se proponen destacar los perfiles más salientes de una trayectoria que enmarca y da sentido a esta nueva aparición de la señera revista. Señera (o emblemática, que vale lo mismo) es, en efecto, la publicación. Cifra y rostro del ser histórico y de la sustancia cultural de la Universidad de Chile, una de las más antiguas y prestigiosas del mundo hispánico, los "Anales de la Universidad de Chile" han sido reconocidos como "uno de los pilares de la cultura de Chile", verdadero *registro* y *memoria* de la historia nacional y universitaria y, por tanto, el mejor *thesaurus* para conocerlas.

Reconocido su prestigio por el rector Barros Arana, en 1893 ("...una autoridad que nosotros mismos estábamos muy lejos de esperar. Hoi nos los piden muchas de las Academias y Universidades más célebres del mundo..."), recomendada por el sabio Alexander von Humboldt y citada por innumerables científicos extranjeros, los "Anales de la Universidad de Chile" están traspasados por el ideario de Andrés Bello y su concepción de una Universidad centrada en la realidad nacional. Como dice en el memorable discurso de instalación de la Universidad de Chile (1843): "...el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria". Y, después de enumerar algunas de las "aplicaciones prácticas" del conocimiento (en los ámbitos de la higiene privada y pública, de la industria naciente, de la agricultura, etc.), para que no se lo malinterprete en esta actitud de fomentar lo aplicado, añade: "Pero... estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezquino *cui bono?* y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque para guiar acertadamente la práctica es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la aplicación de sus fórmulas generales... y lo segundo, porque... el cultivo de la inteligencia contemplativa que descubre el velo de los arcanos del Universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia".

Pareciera, con estas palabras, atenerse al aforismo de Leibniz: “Scientia, quo magis theorica, magis practica”. Y así, en el marco de esta concepción, todos los aspectos del quehacer nacional quedan representados en la revista: la historia política y la historia natural, la organización jurídica y administrativa, la educación, la salud, la realidad geográfica y económica, las costumbres, la tradición y la historia, la literatura, el lenguaje, las artes.

Antonia Rebolledo se refiere, con fundamentación, al enorme prestigio alcanzado por los “Anales de la Universidad de Chile” en el siglo XIX. El nivel cualitativo logrado por la revista se manifiesta principalmente a través de la gran demanda de que fue objeto. Por eso, estima trascendente, para el análisis de su calidad intrínseca, la consideración de los agentes de todo proceso editorial en su pragmática comunicativa: *colaboradores, destinatarios, contenidos*. Entre los colaboradores más destacados del pasado siglo vale recordar a Miguel Luis y Domingo Amunátegui, Diego Barros Arana, Ignacio Domeyko, Federico Johow, José Victorino Lastarria, Rodolfo Lenz, Federico Hanssen, Tomás Thayer Ojeda, Benjamín Vicuña Mackenna, Rodolfo Amando Philippi, Lorenzo Sazié, Alejandro Ciccarelli, entre tantos otros, todos ellos importantes gestores de la cultura chilena.

En cuanto a los destinatarios, hablan de ellos las páginas destinadas a examinar la distribución de la revista. Muy pronto se advirtió que los “Anales de la Universidad de Chile” eran profusamente solicitados. Contribuyó significativamente a promover el canje en el extranjero, el científico norteamericano James Gillis, quien estableció el contacto con la Smithsonian Institution de Washington. En 1858 se aumentó el tiraje de 500 a 800 ejemplares. Así, por su intermedio, la Universidad se vinculó con el Instituto de Bolonia, la Sociedad Real Geográfica de Londres, la Universidad de Lovaina, la Academia de Ciencias de Madrid, la Academia de Ciencias de San Petersburgo, entre otras. Según una publicación de 1892, se distribuían 85 ejemplares en Universidades y Colleges de los Estados Unidos, 19 en Universidades hispanoamericanas, 18 en Universidades de Brasil, 16 en Universidades y revistas de España y Portugal, 16 en academias y Universidades francesas, 17 en Universidades italianas, 11 en inglesas y 19 en alemanas. En Chile, aparte de los miembros de la Universidad de Chile, la recibían Ministros de las Cortes de Justicia, Intendentes, Jueces de Letras, Gobernadores, Liceos provinciales y administración pública.

En cuanto a las materias, dejando de lado las relativas a instrucción pública y documentación universitaria, los trabajos académicos versaban

sobre las variadas ramas del saber, con preferencia por temas de carácter científico: reconocimiento topográfico e hidrográfico del país, mineralogía, meteorología, informes sobre excursiones oficiales y exploraciones marítimas y lacustres, cartas de interés científico, traducciones, reproducción de artículos de revistas de alto nivel, etc. En esta preferencia, tuvieron importancia Ignacio Domeyko y Andrés Antonio Gorbea, que fomentaban tales estudios.

Hasta 1932, en que la Universidad autoriza a las Facultades a publicar sus propias revistas especializadas, los "Anales de la Universidad de Chile" concentraron toda la producción universitaria. Hasta ese entonces, mantuvieron un carácter científico enciclopédico. Con la progresiva fuerza que fueron adquiriendo, en la nueva coyuntura, las publicaciones disciplinarias, la revista tuvo que redefinir sus objetivos y adaptarse a las inéditas realidades. Sin perder el "prestigio" que alcanzó en el siglo pasado, abandonó su carácter enciclopédico y fue buscando un perfil más cercano al de una miscelánea cultural de divulgación amplia.

Los "Anales de la Universidad de Chile" han sido fieles en toda su trayectoria, y hoy lo son como antes, a su vocación bellista. Por ello, la *primacía de la libertad* los infunde de un carisma propio, en el sentido de su compromiso irrenunciable con la búsqueda y la difusión del saber. "La libertad, escribía Andrés Bello, como contrapartida, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones".

Por eso, hoy en día, la aparición de la vi serie de los "Anales de la Universidad de Chile" nos incita a un profundo acto de *reflexión* y ensimismamiento: el que significa asumir la nueva circunstancia y el lugar que le corresponde en ella a la Universidad de Chile. Esto es, replantearse para inventar lo que a ella le corresponde ser en los nuevos años, sin traicionar la índole de lo que la constituyó e identificó en el pretérito.

No hay sentido sin contexto. La vi serie nace *en* esta historia y, *dentro* de ella, se proyecta. El exordio y los trabajos de Jorge Sanhueza y Antonia Rebolledo contribuyen a "situarnos" en la tradición, que es "recibir" lo pasado, y en la renovación de las tradiciones en que consiste el rehacerse universitario, esto es, en el proyectar lo porvenir.